

EL DILUVIO

Diario republicano - Dos ediciones diarias

Información española y extranjera, Artes, Ciencias y Literatura

EDICION de la TARDE

Subscription: Barcelona, ptas. 1'50 al mes. Fuera, ptas. 3'00. Extranjero ptas. 6'00.

REDACCIÓN, ADMINISTRACIÓN Y TALLERES

ANUNCIOS Y SUSCRIPCIONES

Escudillers Blanches, 9 bis, bajos.

Plaza Real, 7, bajos. Teléfono 632.

Crónica diaria.

El dueño del auténtico Café del Recó se ha personado en esta Redacción suplicándonos hagamos constar que su establecimiento no desaparecerá con la reforma como se había dicho. Queda complacido.

Ha llegado a esta ciudad, procedente de Madrid, hospedándose en el Palace Hotel, el eminente escultor Mariano Benlliure.

En la calle de Caspe, junto a la del Bruch, fué detenido a última hora de ayer tarde Luis Romeu Muñoz, de 31 años, el cual, con otros dos individuos que lograron huir, se había apoderado de una pieza de tejido de un carro que estaba parado frente al número 7 de la calle de Lauria.

A instancia de Maria Batllé, fué detenido en la calle de Cervelló Tomás Pando, de 17 años, acusado por aquélla de haberle hurtado 400 pesetas de su domicilio, calle de San Francisco, número 60, 3.º (Pueblo Nuevo), en el que el Tomás vivía realquilado.

Anoche fueron detenidos dos sujetos que se apoderaron de un par de zapatos en la tienda número 27 de la calle del Arco del Teatro.

Se les puso a disposición del Juzgado.

José Vaello Alberola, de 54 años, habitante en la calle de San Telmo, 25, 4.º, 1.º, ha sido auxiliado en el Dispensario de la Barceloneta de heridas por aplastamiento en los dedos medio y anular de la mano derecha, producidas al descargar unos barriles de pez a bordo del bergantín goleta urbana, anclado en este puerto.

Fuó auxiliado en la Casa de Socorro del paseo de Colón un individuo llamado Adolfo Bralla Roca, de 22 años, quien presentaba heridas en el muslo izquierdo y muñeca de la mano derecha, calificadas de pronóstico reservado.

Según Adolfo, las heridas se las produjo a bordo del vapor griego Mesalogion el 29 de Octubre último en Casablanca al ser derribado por un golpe de mar contra una plancha de hierro.

El herido pasó al Hospital de la Santa Cruz.

Entre los estudios de pintores donde se trabaja con actividad figura el del artista J. M. Marqués. Entre las distintas personalidades que visitaron dicho estudio figura el general Heyler, do de tuvo ocasión de admirar un precioso retrato de Alfonso XII en traje de húsar de Pavía, que por encargo de una distinguida personalidad ha pintado el citado artista.

Tiene dicho artista preparadas otras obras importantes que exhibirá dentro de poco tiempo.

Trinidad Llorer y María Bálcells, de 25 y 27 años, respectivamente, rñeron anoche en la calle de Mataplana, y ambas resultaron con heridas en la cabeza.

Se ha dispuesto que los maestros y maestras elementales que sirvan en propiedad en las escuelas nacionales de primera enseñanza, no serán autorizados en lo sucesivo para cursar oficialmente los estudios del grado superior, sino tan solo para examinarse en la época oportuna de las correspondientes asignaturas en enseñanza no oficial.

La instancia solicitando esta concesión se tramitará por conducto de la inspección provincial correspondiente, que en su informe manifestará si queda debidamente atendida la escuela, no pudiéndose cursar la petición sin este requisito.

Las autorizaciones hasta ahora concedidas caducarán al terminar el presente curso académico.

Los maestros y maestras que se hallan actualmente autorizados para ampliar estudios en las Escuelas Normales y en el Colegio nacional de Sordo-Mudos y de ciegos remitirán a sus habilitados, para unir a la nómina una certificación de la secretaría del centro respectivo, en el que conste su asistencia, no pudiendo percibir haberes sin este requisito, bajo la responsabilidad del habilitado.

En el Dispensario de San Andrés ha sido auxiliado José Roch Pont, de 51 años, habitante en la calle de Sampóns, 9, 2.ª, de que naduras en la lengua y laringe, produciéndose según el paciente por haber ingerido, sin darse cuenta, una cantidad de amoníaco. Pronóstico reservado.

Se dió cuenta al juzgado.

Conferencias y reuniones.

El Colegio de Maestros Titulares Privados de Barcelona celebrará junta general ordinaria pasado mañana, a las cuatro de la tarde, en su domicilio social, calle Conde de Asalto, 45, 1.ª, colegio.

La Federación local de Obreros Pintores invita a sus compañeros al mitin que se celebrará esta noche en la Casa del Pueblo.

Crónicas musicales.

Palau de la Música Catalana.—*Recital Santcrístófol.*

En obsequio al Ayuntamiento dió un recital la violoncelista señorita Aurelia Santcrístófol, alumna del profesor de la Escuela Municipal de Música don José Soler.

Escogió para este concierto la joven artista un programa por demás selecto e interesante, programa que fué interpretado con una maestría no muy peculiar en los concertistas principiantes. La señorita Santcrístófol posee ya una escuela perfectísima y un temple artístico que le permite familiarizarse ampliamente con los compositores clásicos y modernos. Las sonatas de Marcello y Veracini fueron un prodigio de interpretación. Nunca hubiéramos creído que una concertista tan joven como la señorita Santcrístófol, sabría imprimir una interpretación tan justa y acabada y dar un relieve tan notable a las frases de los *adagios*.

Ejecutó en la segunda parte una obra de prueba, o sea la *Suite*, en re mayor, para violoncello solo. Inútil decir lo escabroso que es para un ejecutante una obra de este índole, pues en ella mostróse la violoncelista con una seguridad y dominio del instrumento verdaderamente excepcional. No menos acertadas fueron también la *Sonata*, en sol menor, de Bach, y las composiciones de autores modernos que formaban la última parte del programa.

Aunque joven la señorita Santcrístófol, muestra buen criterio en la confección de los programas, pues nos libró de oír las sobadas composiciones de Popper, a que tan afortunadamente están los violoncelistas debutantes.

La concertista fué en extremo aplaudida y obsequiada con valiosos regalos y *corbeilles*, teniendo de salir numerosas veces al estrado en unión de su profesor, el maestro Soler.

Merece párrafo aparte la pianista Antonia Santcrístófol, que colaboró como una maestra consumada en la labor de su hermana. Así era de esperar, por cuanto es bien conocida y cimentada la fama que disfruta la antedicha profesora que con tanto acierto desempeña una cátedra en nuestra Escuela Municipal de Música. Reciba, pues, la gentil pianista mi sincero aplauso.

ALVARO.

La muerte de Anna.

París de la sociedad rusa, reunidos en un saló nocturno, especie de hotel infame, crapuloso, pestilente a alcohol, a humo de tabaco y a miseria, en el que los refugiados se codean en una promiscuidad degradante: un borrachón al lado de un noble tronado; un actor que ahoga en aguardiente los vahos de literatura que se le suben a la cabeza; mujeres que se baten; hombres que se embriagan y tropiezan. El corazón y la conciencia de todos aquellos miserables en pieles tinieblas; no saben, no creen; roban para vivir, beben para olvidar, asesinan sin premeditarlo; ruedan en el fango, entre dos botellas de vino y una partida de naipes.

Sin embargo, se levanta una luz, alumbrando suavemente aquella triste oscuridad.

Lucas, hombre honrado, especie de apóstol simple y bueno, lleva incesantemente la eterna palabra de la verdad, que apacigua y da esperanza a aquellas almas bestiales. Ayuda a morir a una pobre criatura que no ha conocido sino los golpes, la vergüenza y el dolor; no conoce él sino las palabras que consuelan y hacen mejor. Figura admirable, que flota como una aureola por encima de aquellos seres bajos, que no tienen, para esclarecerse, la antorcha de la bondad y que ignoran la conciencia.

Anna.—¡Abuelito!

Lucas.—¿Qué, madrecita?...

Anna.—Convérsame...

Lucas (aproximándose a ella).—Vamos, conversemos...

(Kleitch mira en torno suyo y se aproxima en silencio a su mujer, la contempla y hace gestos con los brazos, como si quisiera decir algo.)

Lucas.—¿Qué hay, hermanito?

Kleitch (en voz baja).—Nada...

(Va lentamente a la puerta del aposento, permanece en ella unos segundos y sale.)

Lucas (siguiéndole con la mirada).—Sufre tu marido...

Anna.—Ya no pienso en él...

Lucas.—¿Te maltrataba?

Anna.—Vaya que sí... ¡Quién sabe si es a causa de sus golpes que perezco!...

Medvedeff.—¡Hum!

Anna.—¡Abuelito, convérsame!... ¡Cuánto sufro!

Lucas.—Es nada. Son los síntomas de la muerte, mi palomita. No es nada, querida. Espera... Vas a morir y vas a estar tranquila... ¡Ya no vas a tener necesidad de nada, no vas a tener nada que temer! El silencio, la calma; no tienes sino quedarte acostada. La muerte, ella lo calma todo... ella es tierna... Se dice: «El que muere, descansa... Es

justo, querida. Porque ¿en dónde puede el hombre descansar aquí?

(Entra Pepel. Ha bebido; tiene el pecho descubierto; está sombrío. Se sienta en su lecho y permanece sentado, en silencio, inmóvil.)

Anna.—Y ¿cómo es eso, allá? ¿Se sufre siempre?

Lucas.—Nada. Absolutamente nada. Créelo. ¡Reposo y nada más! Te llevarán delante del Señor y dirán: «Señor, mira, aquí está tu sierva Anna...»

Medvedeff (severo).—Y ¿cómo sabes tú lo que dicen allá? ¡Ea, tal...

(Pepel, al sonido de la voz de Medvedeff, levanta la cabeza y escucha.)

Lucas.—Porque lo sé, señor oficial...

Medvedeff (reconciliado).—¡Ah, sí!... Si ese es tu oficio, aunque todavía no soy oficial...

Boubnoff.—Yo tomo dos...

Medvedeff.—¡Eh, eh!... ¿Qué diablo!...

Lucas.—Y Dios te mirará con dulzura, tiernamente, y dirá: «Sí, yo conozco a Anna; llevadla al Paraíso, que descanse... Yo sé; tuvo muchas penas en la vida... está muy fatigada... Dadle reposo a Anna...»

Anna (ahogándose).—Abuelito, eres muy bueno... Si eso es así... Reposo... No sentir nada...

Lucas.—Nada sentirás... Créelo. Muere con alegría, sin temor... Te lo digo: la muerte para nosotros es como una madre con sus hijos.

Anna.—Y... ¡tal vez... sanaré?...

Lucas (sonriendo).—¿Para qué? ¿Para volver a sufrir?

Anna.—Vivir... un poco... un poco... Si allá no hay sufrimiento... aquí se puede todavía sufrir un poco...

Lucas.—No hay nada... simplemente...

Pepel (levantándose).—Es justo... o tal vez no es justo.

Anna (con horror).—Señor...

Lucas.—¡Ah, mi bellal...

Medvedeff.—¿Quién aulla aquí?

Pepel (aproximándose a él).—Yo. ¿Y qué?

Medvedeff.—¡Haces mal en aullar! El hombre debe estar en paz...

Pepel.—¡Eh, mastuerzo! ¡Qué tío!... ¡Oh! ¡oh!

Lucas (a Pepel, en voz baja).—Oye, ¡no grites! Aquí se está muriendo una mujer... la tierra cubre ya sus labios. ¡No molestes!

Pepel.—A ti sí obedezco, abuelo. Tú eres

uerte, hermano... Tú charlas bien... tú cuentas fábulas agradablemente. Eso no es nada, hermano... ¡Hay tan pocas cosas con que distraerse en el mundo!...

Boubnoff.—¿Es cierto que la mujer se muere?

Lucas.—Parece que no es en broma...

Boubnoff.—Entonces, ya dejaré de toser... El hecho es que tosía demasiado... ¡Yo tomo dos!...

MÁXIMO GORKI.

La mujer de Marat.

La figura de Marat, conocida de todo el mundo a través de los innumerables perfiles que los historiadores de la revolución han trazado, encuentra nuevos relieves en un volumen publicado por el doctor Cabarrés.

Flaco, sucio, afectado por una horrible enfermedad cutánea que lo hacía aun más repugnante, Marat llegó, a pesar de ello, a conquistar el corazón de Simona Eyraud, una joven provinciana que se le entregó en cuerpo y alma y llegó a ser poco menos que su esclava.

Marat le había prometido casarse con ella, y así lo hizo, pero en una forma original que quizás no habría contentado a otra mujer.

Repudiando todas las diversas formalidades de la ley, la condujo a la ventana de su aposento y, cogiéndola por la mano, le dijo:

—Pongo por testigo el vasto templo de la Naturaleza de la eterna fidelidad que te juro ante el Creador que nos escucha.

Simona se contentó con esta garantía y fue suya para toda la vida.

Ante la ley Simona no había contraído matrimonio con Marat. Muerte éste—del modo que todos saben, con las venas abiertas en el baño de Carlotte Corday, la emisaria de los girondinos—, ella siguió siendo para todos la "viuda Marat", objeto, a lo menos por algún tiempo, de los cuidados y de la admiración de los más ardientes secuaces del feroz revolucionario.

La Convención la invitó a presentarse ante el Tribunal; fué, pero rehusó desdenosamente toda ayuda.

Contra la humedad.

Una casa húmeda es un peligro constante que llega a ocasionar grandes perjuicios si no se procura poner remedio.

Las casas nuevas miradas con tanta prevención, no son las únicas que tienen este defecto, y si la humedad es siempre peligrosa, lo es mucho menos cuando está producida por la reciente construcción de una finca, que cuando dimana de las deficiencias de una casa vieja.

La primera es temporal; los tabiques, aun frescos, se secarán; basta con darles tiempo para ello. Esto no quiere decir que las personas que se niegan a estrenar una casa nueva cometan un error; por el contrario, la desconfianza en esta materia será prudencia.

Pero es preciso mirar con doble prevención las casas viejas cuya construcción defectuosa, el empleo de materiales, la falta de ventilación y otras cosas han creado una atmósfera húmeda muy difícil de combatir.

Ni la calefacción, ni el tiempo, podrán corregir este defecto; por el contrario, el calor hará más sensible la humedad.

Los que por imprevisión o por precisión habiten uno de estos caserones antiguos de-

ben poner en práctica el siguiente medio de saneamiento:

En todos los cuartos deben abrirse ventanas y colocarse chimeneas con salida de aires, arrancar todos los papeles y barnizar las paredes con una preparación de cera amarilla y esencia de trementina, en una proporción de 500 gramos de esencia por 50 de cera; después se pinta con matolina del color que se quiera. En las casas deshabitadas durante mucho tiempo se absorbe la humedad del ambiente y la que se desprende de los muros, colocando en los cuatro ángulos de cada cuarto una cazolita con cal y en el centro un gran recipiente con agua fría. Al cabo de varios días y después de haber hecho una limpieza muy minuciosa conviene abrir todos los balcones, puertas y ventanas, poner en cada cuarto un plato de hierro lleno de caspí, bien apretadito, con un ascua en el centro, con objeto de que se vaya quemando poco a poco. El humo que produce, avivado por la corriente, circula por la casa y arrastra tras de sí todo género de impurezas. Si esto se hace sin omitir detalle la casa quedará en buenas condiciones de higiene.



Marmagne, el agente número 13.

—Es posible. Cuando se trata del servicio, Marmagne charla poco. El brigadier jefe me aguarda a las dos; tengo el tiempo limitadísimo.

El jefe de servicio no aguardaba a Marmagne. Para éste, el brigadier estaba representado en la imaginación del agente por el director de una sucursal financiera que él no quería nombrar a su esposa.

El buen hombre jamás se había preocupado de su existencia. Nunca había pensado en su porvenir y he aquí que desde que la niña estaba en su poder Marmagne estaba obsesionado por la idea de hacer justificar el depósito. ¿Es que los intereses no bastaban para sus gastos?

Las recriminaciones incesantes de su esposa le dan que pensar al agente. Celestina era buena en el fondo, a pesar de sus modales bruscos. Pero la prudencia es la madre de la seguridad.

Marmagne descendió en la calle de Boulanvilliers y se dirigió hacia el centro de Auteuil. Allí mil veces él había visto en gruesas letras el título de una casa de banca.

Llegó, pues, a la Sociedad General y preguntó por el director.

—¿Es para un asunto personal?—le preguntó un empleado.

—Absolutamente personal, caballero.

—Caballero, el director está muy ocupado. Si se trata de informes compra o de venta, nosotros se los daremos.

—Es usted muy amable, caballero. Yo no dudo de la extensión de sus conocimientos. Es al señor director a quien yo quiero hablar. Nada me urge. Si su superior jerárquico está ocupado, volveré dentro de una hora, mañana si usted quiere fijarme una hora fuera de mi tiempo de servicio.

El empleado miró a Marmagne. Vaciló un momento, después pensó que el agente podía tener algún secreto que comunicar al director, hallazgo de títulos, etc.

—¿A quién he de anunciar al director?

—¡Ah! Diga sencillamente: Marmagne, el agente número 15.

Cuando el empleado regresó, las facciones del futuro cliente se iluminaron al oír:

—El señor director va a recibirle dentro de algunos minutos.

El agente no aguardó mucho tiempo. Casi enseguida la puerta se abrió y Marmagne vio a dos hombres, el uno vestido de negro y el otro un visitante muy considerado en la Banca a juzgar por las atenciones de que se le rodeaba.

Este tendió la mano al director y Marmagne oyó:

—Hasta otra vista, Antignac.

La puerta cerróse y pocos segundos después oyóse el sonido del timbre. Marmagne se volvió.

—Pase usted—le dijo el empleado.

El director estaba sentado ante un escritorio cargado de papeles.

—Siéntese, caballero, y dígame el objeto de su visita.

—Usted no tendrá tiempo que perder, señor director, ni yo tampoco. Así,

pues, voy a decirle brevemente lo que deseo, pidiéndole perdón por mi insistencia en que usted me recibiese.

—Yo estoy aquí a la disposición del público.

—Es usted muy amable, señor director. Hágame la bondad de quitarme una enorme preocupación que tengo. Me ha sido confiada una suma, un depósito sagrado, señor director, que debe fructificar durante veinte años. ¿Dónde debo colocar ese dinero que no corra peligro?

—¿Está usted al corriente de las operaciones de Bolsa?

—Señor director, yo en esto soy tan ignorante como un niño que acaba de nacer.

—Las rentas sobre el Estado son muy seguras. Las de los ferrocarriles también. Usted no ha de hacer más que llevar su dinero a una ventanilla y se le hará la operación. Si compra papel del Estado o ferrocarriles, recibirá sus intereses trimestral o semestralmente. La suma ¿es muy importante?

—Ya lo creo, señor director, ¡diez mil francos!

El financiero reprimió una ligera sonrisa y se levantó.

—Si se hubiera tratado de un capital elevado lo hubiera colocado en hipotecas. Uno de mis amigos que ha estado aquí necesita fondos.

—¿Qué quiere decir en hipotecas?

El director dió algunas explicaciones, que Marmagne cortó.

—No, yo no quiero prestar dinero a particulares. Invertiré el capital en obligaciones del Estado y ferrocarriles.

—También puede adquirir algunas Villa de París.

—¿Y en éstas tampoco se corre riesgo?

—No.

El agente se inclinó.

—Muchas gracias, señor director. Voy a reflexionar sobre los consejos que usted me ha dado y para más seguridad aún no colocaré todo el dinero en unas mismas obligaciones. Lo invertiré en tres clases de papel y así, dentro de veinte años, se podrá hacer la comparación como entre tres botellas de vino añejo guardadas en una cueva. Yo le ruego, señor director, que no se moleste por el agente número 15. Conozco la puerta. Adiós, caballero; mi gracias y si puedo prestarle algún servicio no tiene más que mandarme.

De las explicaciones técnicas dadas por el director de la Sociedad General, tres palabras no más habían quedado guardadas en la mente de Marmagne:

Estado.—Ferrocarriles.—Villa de París.

¡Oh! Villa de París sobre todo, puesto que con ésta podía tocarle un premio algún día. El había oído decir que había lotes de diez, de ciento y de doscientos mil francos. Un conductor del tranvía Auteuil-Saint-Sulpice había recibido de esta manera cien mil francos. ¿Por qué no tendría él igual suerte?

Marmagne sonreía. Su rostro se transfiguraba. ¡Qué hermoso porvenir entrevía!

¡Qué orgulloso estaría Marmagne de su obra! El agente veía ya a la niña convertida en hermosa, rodeada de apuestos caballeros que la pedían en matrimonio.

Y Marmagne se emocionaba.

—Tengo tales pensamientos desde que me he convertido en padre adoptivo—dijo por último el agente pasándose la mano por la frente—, que me pregunto si esto no es demasiado para mí. Cálmate, Marmagne, y sigue dulcemente tu camino.

Marmagne tenía necesidad de tranquilidad. Si volvía a su casa, podía salir de sus labios una palabra reveladora de sus gestiones y él no podía hablar hasta que estuviese todo hecho.

El agente siguió el camino del Bosque de Bolonia.

Hacia un día de primavera hermosísimo.

El día anterior una lluvia ligera había reverdecido la hierba naciente.

El paseo de Marmagne no entraba en su servicio y, por consiguiente, el agente no se cuidó ni de la juventud que se divertía francamente cerca de él, ni de las parejas que buscaban la soledad...

El agente se detuvo, examinó los lugares de una mirada circular y después reanudó su marcha.

Llegó a un sitio en que el bosque estaba desierto. A su paso había un banco.

Marmagne sentóse, sacó de un bolsillo de la guerrera una pluma y una hoja de papel y allí, en la soledad, dominado por el afecto que le inspiraba la huérfanita, escribió:

«Suceda lo que sea, yo no debo guardar el secreto que pesa sobre mi corazón.

Las palabras se las lleva el viento; pero los escritos un día u otro caen en manos de alguien que puede contribuir a aclarar algún misterio.

Así, pues, yo, Filomeno Marmagne, agente 13 del XVI, juro por mi honor que lo que sigue es la más exacta verdad.

Estando de servicio el martes, catorce de Marzo último, a las once de la noche, una mujer linda, alta, rubia, delgada, me entregó un bebé diciéndome:

—Por favor... Tenga compasión... Yo no puedo más... Tómela... Yo le volveré a ver... No es una bastarda... He aquí para los cuidados que se le han de prodigar.

Yo me encontraba entonces en la calle de Lafontaine en su cruce con la calle de Ribera.

Lo que hay de cierto es que yo no he encontrado aun ninguna mujer que me haya pedido noticias de la niña y que todo induce a creer que tampoco la encontraré jamás.

He aquí realmente cómo el depósito me ha sido hecho.

Esto era delicado.

Yo no he osado explicar a mi esposa, a Celestina, la forma en que este

sucaso se ha desarrollado. Yo le he dicho que he encontrado la pequeñuela en el suelo, sobre la acera.

Nosotros la cuidaremos y educaremos. Si Dios me da vida, la consideraré como hija propia.

Hoy, 29 de Marzo, a las dos de la tarde, he ido a consultar al director de la Sociedad General, de Auteuil, sobre la forma en que había de invertir los diez mil francos que me fueron entregados con la niña. He encontrado un caballero muy amable, cuyos consejos seguiré.

El podría, si el caso llegase, confirmar mis manifestaciones.

Marmagne cumplirá con su deber respecto de la niña, que alegrará mi vejez.

Esto es todo lo que tengo que revelar.

El agente puso la fecha y la firma.

Después frotóse las manos de gusto y miró a su alrededor. No había nadie.

Marmagne poseía todas las aptitudes propias para su carrera. Informaba al público como nadie; empleaba la dulzura antes de servir. Cuidaba a los heridos como un practicante de los hospitales. El se pegaba los botones y hacía una costura tan bien como una mujer.

Tranquilamente el buen hombre quitóse el cinturón, abrió una costura de la guerrera e introdujo entre el paño el escrito doblado en cuatro partes. Después volvió a coser el paño, se puso el cinturón y levantóse.

Nadie podía imaginarse que la guerrera del agente encerraba el secreto de un rapto, el nudo de toda esta intriga que se desarrollaba en el castillo de Auteuil.

Sin darse cuenta había seguido el campo de carreras por las fortificaciones y se orientaba, cuando vió una pareja elegante que parecía saborear las dulzuras primaverales al mismo tiempo que la alegría de una dichosa entrevista.

La mujer, vestida de luto, llevaba levantado el rostro, mostrando un rostro hermosísimo.

Marmagne oyó una voz hecnicera que decía:

—Podríamos preguntarle a ese agente.

Enseguida Regis de Nieudan dió un paso hacia Marmagne y le preguntó:

—¿Tiene usted la bondad de decirnos dónde estamos? Nos hemos extraviado.

—Con mucho gusto, caballero. La primera avenida a mano derecha les conducirá a la puerta de Passy. Están ustedes en los confines de Auteuil.

Claudia, que no creía estar tan cerca de su barrio, hizo un imperceptible movimiento de sorpresa.

—¿Está usted seguro?

—Completamente, señora. Han pasado ustedes la avenida de Saint-Cloud con la puerta de la Muette.

Siempre sonriente, ella se dirigió a Nieudan.

—¡Qué lejos está nuestro coche! Volvamos sobre nuestros pasos.

Regis dió las gracias al agente y la enamorada pareja se puso en marcha.

Marmagne permaneció inmóvil y les miró hasta perderles de vista.

—¡Recontra! Es una de las mujeres más bellas de París. Si yo encontrara a esta mujer dentro de veinte años, la reconocería. A él, no; pero lo que es a ella...

Y con el espíritu aliviado, no viendo ningún obstáculo para la realización de sus hermosos sueños, Marmagne echó a andar en dirección contraria a la pareja. ¡Qué dichoso sería cuando los diez mil francos fructificasen, cuando enseñara a Celestina un grueso fajó de obligaciones!

¡Bravo, excelente Marmagne! ¡Noble corazón!

¡Pobre huerfanita!

XL

Audaz empresa.

Bajo un hábil pretexto, Filomena, informada por Bastien, obtuvo del dueño de la casa una tarde de libertad.

Resultara lo que quisiera de su audaz empresa. Ella se jugaba el todo por el todo.

Filomena ignoraba lo que ocurriría cuando la señora de Antignac estuviese restablecida; pero comprendía que alguna cosa se tramaba contra la desventurada señora. La joven comprendía también que se sospechaba de ella. Como la situación podía aprovechar, Filomena quería enterar a Isabel de o que ocurriese. ¿No se lo había jurado? Ella quería facilitarle un arma: el insulto con el cual abofetearía a los que la hicieron sufrir.

A la hora en que Claudia se disponía a partir para la Magdalena, Filomena se disponía también a salir.

—Usted, Bastien, irá al paso, mientras yo le sigo andando—dijo la camarera al cochero—. Después, cuando yo haya tomado un alquilón, siga la marcha que quiera, sin cuidarse de mí.

—Entendido, Filomena.

¡Qué no habría prometido él!

Los caballos de los dos coches, el cupé blasonado y el coche de alquiler, seguían idéntica marcha.

El mismo manejo de Claudia y enfrente de ella, sobre la acera, Filomena con los ojos dilatados y cubriéndose con el quitasol.

—Usted la acusa y es usted la culpable—murmuró la abnegada criatura—. Ella pasará por una mujer deshonrada y usted es la que acude a las citas de amor. Yo la desenmascararé. Todo tiene un fin, señora de Tiburce.

Filomena comenzaba a inquietarse cuando vió salir a Claudia por la puerfecita pequeña y dirigir una mirada oblicua a la calzada.

—Está lejos Bastien y puede usted ponerse en marcha, señora de Tiburce—murmuró entre dientes la camarera—. ¡Pobre señor Jacques! ¡Qué pronto ha sido olvidado!

Segura de ella, la dama cruzó con paso menudito y ligero la larga vía que rodea el edificio y se dirigió hacia la calle de Vignon.

A algunos pasos de distancia Filomena le seguía.

En la esquina de la calle las dos mujeres estaban tan cerca la una de la otra, que un movimiento de Claudia podía poner a ésta enfrente de la camarera. Por fortuna, esto no ocurrió.

De repente la señora de Tiburce trató de recogerse un poco el vestido y no se dió cuenta de una especie de ligero chasquido que se producía sobre la acera, a sus pies.

Filomena, delante de la cual se encontraba el objeto que había producido aquel ruido, se inclinó para recogerlo; era un brazalete, con un relojito, soberbia alhaja artística, perteneciente a Claudia.

Un hombre que cerca de la camarera había seguido todos sus movimientos, preguntó a ésta:

—¿Es de usted, señora, ese objeto que recoge?

—No; es de mi señora, esa dama enlutada, viuda de Tiburce, a quien se le ha caído.

Ante la afirmación franca, con el nombre de la dama en apoyo, el que había preguntado, un agente de vigilancia, no insistió.

—¡Ya la tengo!—exclamó Filomena—. La partida está ganada. No perdamos el tiempo.

La joven vió entrar a Claudia en la casa ya conocida. Después Filomena entró en el portal y se detuvo ante el quiosco de la portería.

La portera, excelente mujer para los que no se presentaban arrogantes, la miró y aguardó una pregunta.

—¿Es usted, señora, la portera?

—Sí, para servirle.

Filomena entró en la portería.

—Vengo, señora, a pedirle informes de una excesiva delicadeza. ¿Puedo hablar con entera confianza?

—Sí. Y si puedo serle útil la complaceré. Usted ya sabe que nosotros los porteros debemos guardar cierta discreción.

—Ya lo sé, señora. Yo creo estar sobre una pista que no quisiera perder. Acabo de ver entrar aquí a la señora de Tiburce.

—¿La señora enlutada?

—Precisamente.

Don de lágrimas.

Nació un príncipe. Era el primogénito, y la reina, queriendo forzar el destino con su anhelo de madre, le llamó Feliz.

Como sucedió el caso en reino lejano y en tiempo viejo, casi tocando en fábula uno y otro, apenas nacido, llegaron a las puertas del palacio real todas las hadas del contorno. Venían cabalgando las más de ellas sobre hipógrifos y dragones; no faltó, sin embargo, quien arrastró carro de flores tirado por cándidas palomas, y aun la más joven del egregio concurso, hada inexperta y soñadora, llegó modestamente acomodada sobre un rayo de luna.

Recibía la reina a las visitantes, de antiguo conocidas suyas, y ellas iban dejando sobre la cuna del infante dones tras dones.

—¡Serás hermoso!

—¡Serás valiente!

—¡Serás amado!

—¡Sabrás vencer!

—¡Sabrás reír!

—¡Sabrás llorar!—comenzó a decir el Hada de las Lágrimas, última en el desfile, que, en pie junto a la cuna, se disponía a derramar sobre los ojos del príncipe el contenido de ánfora misteriosa; pero la reina se interpuso rápidamente entre el hada y el niño. ¡Llorar su hijo, llorar su príncipe, su príncipe Feliz! No, no podía ser. Suplicaba y plañía. ¡Que todas las lágrimas destinadas al hijo cayesen sobre su corazón de madre; que todas brotasen de sus ojos y marchitasen sus mejillas!... ¡El príncipe Feliz no debía conocer el llanto!

El hada, como mujer y como inmortal, dos veces orgullosa, tomó a desprecio la petición y consideró malicia la ignorancia; subió en su carro de iris, tirado de murciélagos, y se fué aire adelante, enmarañando nubes en carrera desatinada; pero antes de marchar lanzó sobre el infante, a modo de maldición, estas palabras:

—¡No sabrás llorar!

La reina abrazó al príncipe llena de gozo. ¡Le había preservado de las lágrimas!

Pero no le había librado del dolor; el niño, mortal aunque príncipe, sufrió como todos los mortales. Y erande ver las terribles muecas movidas por el dolor en aquel rostro infantil, que sin llorar sufría; mirándolas aprendió la reina que el dolor sin lágrimas es dos veces dolor.

Pasaron años. El príncipe era joven y ga-

llardo, como pronosticaron sus egregias madres; sabía vencer, sabía reír; aprendió el goce, adivinó que la quinta esencia del gozar está en llorar de gozo; sintió la pena amarga de no poder llorar y no pudo llorarla... Y he aquí cómo, por privación de aquello que hemos dado en considerar símbolo de desventuras, vino el príncipe Feliz a ser el más infeliz de los príncipes.

Discurría un melancólico atardecer por los jardines del palacio y en lo más intrincado del laberinto acertó a vislumbrar a un soldado de rudo cuerpo y marcial continente; contemplando estaba algo a modo de áureo vellón que en la mano tenía y, al contemplarlo, lágrimas tiernas brotaban de sus ojos. Supo después el príncipe que aquello que el soldado miraba era un dorado rizo de mujer, y, recordado su pesar por envidia al hombre aquel que lloraba de amor, abandonó la corte y se dio a correr mundo en busca de remedio.

—Lágrimas tiene esparcidas doquier nuestra madre Naturaleza—meditaba el príncipe, que, a fuer de cuñado, era algo filósofo—. Lágrimas gigantes y amargas parecen las olas de los mares, lágrimas de pena; lágrimas cristalinas y risueñas las gotas de rocío que vierte la mañana sobre cumbres y valles, lágrimas de alegría; lágrimas melancólicas las hojas que el otoño arranca de las frondas, lágrimas de amor...

Y envidiándolas todas, surcaba mares, traspone cumbres, recorría valles y contemplaba frondas, sin hallar nunca el suspirado venero de las propias lágrimas.

Volvió a la corte. La reina, casi muerta de angustia, demandó con públicos pregones remedio para el mal de su hijo. ¿Quién conocía el medio de que llorase el príncipe? De no se sabe qué antros llegó una viejecita encorvada.

—Tengo cien años—dijo—y sé cómo desarmar la cólera del Hada de las Lágrimas. Es preciso que una mujer hermosa y ajena al príncipe arrostre mil peligros y llegue sola al palacio de la inmortal para implorar su perdón.

Repitieron los pregones. Una chiquilla rubia se presentó en la corte.

—¡Yo iré!

Refía, al ofrecerse, con los labios, con los ojos, con la frente, como si toda la alegría de la tierra hubiese hecho nido en su corazón.

—¡Que Dios te bendiga!—suspiró la reina viéndola partir.

—Y que vuelvas pronto—dijo el príncipe Félix, enamorado súbitamente de la chiquilla...

Volvió; la corte se vistió de gala para recibirlo. Modesta y alegre contó las peripecias del viaje, abismos salvados, dragones vencidos.

—Y aquí tenéis, señor, el don de lágrimas que tanto deseasteis. (Puso en manos del príncipe ánfora primorosa y diminuta.) Aquí está encerrada la esencia de todas las lágrimas que habéis deseado verter. Lloraréis, señor, por vez primera, el día en que, sin vos procurarlo, rompáis el cristal que la guarda.

—¿Y qué pides en premio?—preguntó el príncipe, soñando en colocar su corona so-

bre los rizos rubios de la niña.

—Nada, señor. Sólo la compasión movió mi deseo de haceros feliz; en cuanto a mí, lo soy tanto que no está en poder vuestro aumentar mi dicha—replicó ella mientras nacía de sus ojos un rayo de amor.

Siguió el príncipe la mirada de ella y la encontró en los aires, cruzándose en un beso con la de aquel soldado, al cual viera un día llorar de ternura en los jardines reales.

Sintió el príncipe entonces mordedura de celos, crispó sus manos el despecho y se quebraron los cristales del ánfora. Y ante toda la corte, que celebraba su fin par ventura, derramó el príncipe Félix las primeras lágrimas, mucho más triste que todas sus pasadas tristezas...

G. MARTÍNEZ SIERRA.

La apendicitis.

El doctor Robinson ha leído en la Academia de Ciencias una Memoria sobre apendicitis, en la que combate muchas preocupaciones que se tienen sobre esta enfermedad.

Se había llegado a creer que el apéndice no era necesario, y muchas personas llegaban a hacerse la operación de cortar el apéndice, incluso por *sport*. No sólo se acudió a ello como cirugía represiva, sino también como cirugía preventiva.

El doctor Robinson ha hecho estudios muy intensos en los que demuestra que el apéndice

es necesario. El apéndice desempeña un papel importante en el organismo humano.

Segrega un líquido ácido que ha denominado *hormone*. El líquido, inyectado a conejillos de Indias, ha provocado en ellos contracciones intestinales.

Una inyección de medio a un centímetro cúbico de *hormone* tiene por efecto provocar la evacuación de los residuos intestinales.

Se trata, pues, de un órgano con una secreción preciosa, que no debe suprimirse más que en caso absolutamente necesario.

La vacunación contra el tifus.

El profesor francés León Labbé, miembro del Instituto y de la Academia de Medicina, senador del Orne, ha depositado en la mesa del Senado, para su inmediata discusión y votación, un proyecto de ley estableciendo la vacunación obligatoria antitífica en el Ejército.

Los últimos trabajos realizados acerca de esta vacuna han demostrado que no sólo preserva, sino que también cura. El tratamiento por los baños fríos había hecho decrecer considerablemente la cifra de la mortalidad por el tifus.

Pero el empleo de la vacuna es mucho mejor. El profesor Vincent, que aplica la vacuna a los tíficos y tifoideos, ha hecho recientemente importantes comunicaciones sobre el asunto a la Sociedad de los Hospitales de

París.

Otros médicos que le han imitado están asombrados del éxito.

Los resultados obtenidos demuestran plenamente que basta, para curar las infecciones tíficas y tifoideas, inocular a los enfermos pequeñas cantidades de suero al principio de la dolencia. Las inoculaciones deben ser hechas con tres días de intervalo.

El doctor Emilio Weil, en un trabajo que ha publicado, cita numerosos casos en que, después de las inoculaciones, la fiebre ha descendido bruscamente de un modo definitivo y el paciente ha mejorado y se ha puesto bueno con sorprendente rapidez.

La curación es más cierta y pronta cuando la vacuna es aplicada en los primeros días de la enfermedad.

Bolsin mañana.

Interior, 78'97 papel; Nortes, 98'15 moneda; Alicante, 94'05 papel; Banco Hispano Colonial, 57'25 papel.

Noticia de los fallecidos los días 16 y 17 de Noviembre de 1913.

Casados, 12. Viudos, 1. Solteros, 3. Niños, 6. Abortos, 0. — Nacidos { Varones, 17.
Casadas, 8. Viudas, 8. Solteras, 1. Niñas, 9. Abortos, 0. — Nacidos { Hembras 10.

Servicio telegráfico y telefónico

de nuestros corresponsales

Madrid, provincias y extranjero.

Nuevos alcaldes.—Los conservadores de provincias.

Madrid, 18 Noviembre.

Han sido nombrados alcalde de Almería don José Sánchez Entrena y de Tenerife don Juan Yanes Pardosno.

El ministro de la Gobernación ha facilitado los siguientes telegramas:

«*Bilbao*.—El diputado señor Gaudarias, bajo su presidencia, ha reunido hoy el Comité político del partido conservador, acordándose que el domingo o lunes próximo, por medio de votación, exponga a los afiliados del partido local su parecer sobre la adhesión o no adhesión al Gobierno.

«*Palencia*.—La Juventud Conservadora, estimando en su consecuente patriótica actitud, acordó felicitar al Gobierno y renovar su firme adhesión.

De Marruecos.

Tánger, 17 (11'29 noche).

Ha llegado el nuevo ministro del sultán Tazzi que sustituye al Guebbas. Le han sido tributados honores militares.

Comunican de Agadir que una columna francesa atacada en Tarrut por Er Rumi tuvo que replegarse a Agadir. La artillería rechazó a los rebeldes causándoles bastantes bajas. Los franceses tuvieron doce bajas.

Dicen de Rabat que el general Lyautey ha ordenado a los viajeros que acampen dentro de los puestos militares en vista de la inseguridad de los caminos. Han sido desballados los peatones de los correos inglés y alemán.

EXTRANJERO

Servicio especial de la AGENCIA HAVAS.

Las islas del Mar Egeo.

París, 18 (7'10).

L'Echo de París publica un telegrama de Constantinopla en el que se dice que, restablecido ya el orden, Turquía pedirá pronto oficialmente a Italia la evacuación de las islas del Mar Egeo.

Resquemores.

París, 18 (7'15).

De Turín comunican a Le Petit Journal que el señor Giolitti ha declarado que el tono de la Prensa francesa e italiana, que parece indicar la existencia de causas de divergencias entre las dos naciones hermanas, no responde a ninguna realidad y que no hay razones que motiven la tirantez de los dos países.

Un artículo de Polncaré.—Golpe de Estado.

El *Gil Blas* dice que el periódico *España* publicará mañana una página por M. Poincaré sobre el porvenir de la América española, documento que servirá de prefacio al libro de García Calderón sobre *Las democracias latinas*.

De Méjico comunican que es inminente un golpe de Estado y la declaración del general Huerta por orden de Lanquet. Parece ser que éste se ha asegurado el apoyo de todos los jefes del Ejército y que el movimiento tiende al restablecimiento del orden.

ULTIMOS PARTES

La Gaceta.

Madrid, 18 (10 mañana).

La *Gaceta* publica:

Real decreto autorizando al ministro de Estado para contratar en las condiciones que se publican el servicio de comunicaciones marítimas intercoloniales con las posesiones españolas del Golfo de Guinea.

Decretos de Guerra e Instrucción transmitidos ayer.

Reales órdenes resolviendo instancias solicitando exención del impuesto que grava los bienes de las personas jurídicas. Entre ellas figuran las siguientes, todas de Barcelona: La Nueva Unión de Sans, San Cayetano, La Península, Nuestra Señora de la Ayuda, Los Hijos del Trabajo, La Mutua Amistad, San Agustín y San Pedro Apóstol, La Unión de Mozos de Comercio, San Sebastián y San Cristóbal, Santa Gracia y Hospicio de pobres de Canet de Mar. A todas se les exime del impuesto.

Real orden desestimando la instancia de los Ayuntamientos de Marmolejo y Serranillo sobre concierto para pagar sus descubiertos al Tesoro.

Aprobando el contador para agua sistema Niágara, de la Sociedad Buffalo Peters de los Estados Unidos de América.

Consejo de ministros.

Mañana por la tarde se celebrará Consejo de ministros en Gobernación.

De Africa.

Cádiz, 18 (10 mañana).

Por carta particular se sabe que las operaciones proyectadas en el territorio del Garb para la ocupación del zoco el Harba se han suspendido a consecuencia de la indisposición del general Fernández Silvestre. Cuando éste mejora se llevará a efecto el objetivo.

Tranquilidad.—Hogueras.

Melilla, 18 (10 mañana).

Despachos de Alhucemas dicen que reina tranquilidad completa.

Los moros no han disparado ayer contra la plaza y, por lo tanto, el *Extremadura*, que sigue fondeado, no ha tenido tampoco necesidad de repetir el bombardeo.

En los montes de la cabila de Beni-Urriagel se vieron anoche hogueras.

Las referencias indígenas aseguran que tienen por objeto convocar a una junta para tratar de la cuestión actual.

En cambio en el Peñón de Velez de la Gomera el fuego durante todo el día fue grande, sostenido, de una parte, por los moros apostados en lo más alto de la costa, y de otra por los soldados de la segunda compañía del segundo batallón de San Fernando que guarnece la plaza.

El enemigo procura sobre todo dirigir sus tiros contra el emplazamiento de la batería, que contestó disparando por elevación sobre las lomas y los aduares que están detrás.